



**SAN FRANCISCO DE BORJA;  
LAS MEMORIAS AUTENTICAS  
Y LAS «SUPUESTAS MEMORIAS HALLADAS EN PARIS»**

Por VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Para analizar la existencia y el contenido de las «Memorias» disponemos de dos testimonios fehacientes. El primero, que existieron, a través de un documento, que se puede analizar por estar conservado en un Archivo: La carta de Guillermo van Male, al señor de Praet, dándole cuenta de ellas y el segundo, el recuerdo que hace el Padre Rivadeneyra de la conversación que mantuvo con quien después sería San Francisco de Borja en la cual le dio cuenta de que el Emperador, le había consultado sobre la oportunidad de las mismas.

Con referencia a esta conversación en que, a mi juicio, radica la autenticidad o no de las halladas en París, el Padre Rivadeneyra en su obra «La vida de San Francisco de Borja», que fue traducida al italiano y publicada en Florencia en 1600, cuyo ejemplar tengo en mi Biblioteca y que por tanto el transcriptor-traductor, podía tener conocimiento de una edición u otra y al referirse a las mismas lo recoge de la siguiente manera: «Porque él había escrito todos los viajes que había hecho y los motivos que le habían movido a ello y que no le había movido a escribirlo el afán de gloria, ni de vanidad; sino para que se supiese la verdad, porque sea que los historiadores de



nuestros tiempos que él había leído, la oscurecían por no saberla o por afección o pasiones particulares.»

Si las «Memorias» las tenía Carlos V en Yuste, como parece probable, huelga la carta que con ellas el desconocido reproduce, pues aun de haber sido escrita, en momento tan inoportuno como lo era, sin duda alguna, el de su precipitada salida de Innsbruck, no parece que su ánimo se encontrase para «cartitas», aunque de haberla escrito la hubiese concluido y firmado. De todas formas, de cualquiera de las circunstancias en que lo hubiera hecho, en Yuste, no tenía objeto alguno y la hubiera rasgado.

Desde Innsbruck y antes de que se aproximara el traidor Duque Mauricio de Sajonia, había enviado su Cámara y pertenencias y lo que pudiéramos llamar objetos personales a buen recaudo.

Las «Memorias» conservadas o enviadas con otros objetos, las recogió en Valladolid y las llevó a Yuste con sus pertenencias. Se ignora si llegó a enseñárselas a Fray Francisco, si éste las hojeó o se las entregó para que le diese su opinión, junto con los escritos confidenciales que éste le había ido remitiendo en relación a varios asuntos, pero principalmente en lo referente a la sucesión portuguesa.

Los recuerdos de las conversaciones entre el Padre Rivadeneyra y San Francisco, recogidos por el primero, no dejan lugar a duda de que sí fueron escritas, pues en caso contrario holgaba la consulta, pero «...que no le había movido a escribirlas, el afán de gloria, ni de vanidad, sino para que se supiese la verdad...». Lo que viene a significar que en algunos historiadores contemporáneos suyos, no se reflejaba aquella y que quería corregirla, cosa que en ningún momento de las «Memorias» se aprecia, pues no aparece justificación alguna de hechos que se le venían imputando, ni alusiones a otros sucesos que tuvieron máxima importancia y que a él mismo le preocuparon continuamente.

Si las hizo para justificarlos; es decir, para descargo, que es lo que afirma el Padre Rivadeneyra que oyó de San Francisco, nada aparece que justifique ese fin y corrija las deformaciones e intenciones de los historiadores contemporáneos suyos. Es más,



hay acontecimientos que otros comentan y él silencia en las «Memorias», lo que hace suponer la falsedad de las mismas, pues el autor no debía conocer el alemán y no hace referencia a determinados acontecimientos importantísimos que se reflejan en publicaciones alemanas anteriores a 1550, que es cuando el Emperador las escribe o dicta a Van Male, durante la travesía por el Rin del 14 al 18 de junio y que él, desde luego sí tenía, además de haberlo vivido, conocimiento de esas publicaciones y que pueden resultar aquéllas a las que más aludía en la conversación que, con Fray Francisco, transcribe Rivadeneyra.

No deja de extrañar que hasta el año 1517, en el que el Duque de Borgoña viene a España, las «Memorias» se reducen a dos folios, pues lógicamente tendría que recordar algún acontecimiento del que fue protagonista y tuvo importancia, desde el inicio de su infancia y primera juventud en los Países Bajos, donde se le emancipa anticipadamente, por una suma entregada a su abuelo Maximiliano, con anterioridad a lo previsto y que fue el 5 de enero de 1515 y en cuyos estados se produjeron varias revueltas y rebeliones de súbditos y poblaciones de la máxima importancia para los mismos que no refleja y que, indudablemente, tenía que conocer y recordar.

Tanta omisión, contra la afirmación de que escribe «porque se supiese la verdad» induce cada vez más a inclinarse hacia la falsedad de las «Memorias parisinas» y lo que resulta totalmente incomprensible es que el insigne Catedrático-Académico de la Historia Señor Fernández Alvarez cite constantemente, como si fuesen un artículo de Fe, en su nuevo libro *Carlos V* a las citadas «Memorias» basándose en nimiedades ellas, cuando lo puede hacer en autores que indudablemente en otras aseveraciones como en aquéllas, merecen mucha mayor garantía que de quien tomó de aquí y de allí lo que mejor creyó oportuno, olvidando otros o tratando de justificar alguno de los que reflejan las «Memorias» y cuya justificación es sobradamente conocida.

No se puede poner en duda que San Francisco algo le dijo al Padre Rivadeneyra en relación a las «Memorias» y éste con buen o deficiente recuerdo, lo hace de lo que le dijo el Santo.



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Para este modesto aprendiz de historiador en su trabajo *Las supuestas memorias del Emperador Carlos V* donde, por primera vez se reproducen folio por folio en facsímil y su traducción en la página de al lado del citado libro; en una el original facsímil portugués y en la otra su traducción al español haciéndolo directamente del portugués y añadiendo 436 notas aclaratorias.

La noticia del hallazgo realizado por el Barón Kervyn de Lettenhove ofuscó la mente de los historiadores contemporáneos al mismo, que no tomaron la más mínima precaución para tratar de establecer científicamente su autenticidad y no sólo las dieron por buenas sino que algunos llegaron a conclusiones tan extrañas como la que después de haber sido traducido del francés al portugués, de éste nuevamente al francés y ya de éste a varios idiomas, entre ellos el nuestro por persona no la más idónea para ello por su dedicación a obras teatrales y de esas traducciones de retraducciones ha habido quienes hasta han comprobado el estilo empleado por Carlos V en sus escritos. Sumando todo ello se llega a una conclusión: locura colectiva. Por el contento que produjo semejante hallazgo nadie tuvo la serenidad de reflexionar sobre el mismo con la atención que se merecía el «documento». Pero desde entonces hasta hoy se toman en serio las «Memorias parisinas» sin haber llevado a cabo comprobación alguna por los historiadores que, como papagayos las citan careciendo por ello de perdón y absolución como historiadores. Pero en un especialista no tienen perdón jamás de no aportar documentos fehacientes que demuestren la veracidad de ellas; como tampoco lo puede tener, por uno de ellos, quizá uno de las más significativos en conocimientos del César, al que ahora adjudica una hija; del pecado, incestuosa, por una absurda deducción e interpretación que constituye un desprestigio para el Emperador sin atender a lo que sería su deber profesional que no es otra cosa que demostrar fehacientemente la existencia de esa «Infanta de Castilla» llamada «Isabel», en la Corte Imperial, creo que nada imposible para quien tanto ha trabajado en Simancas, pero a lo que no sólo da oídos, sino que reproduce donde y



como le viene en gana, achacando el descubrimiento a doña Regina que lo niega rotundamente y que en verdad, no aparece en un libro que recoge su tesis doctoral y que no se encuentra semejante calumnia por parte alguna del mismo: «La Reina Pinilla Germana y Valencia», pues si el padre deduce que lo fue el Emperador, la madre lo fue doña Germana de Foix, su abuelastra, como viuda del Rey Don Fernando el Católico aunque después casada y viuda del Marqués Juan de Brandenburgo y en terceras nupcias con el Duque de Calabria. Por tanto, al ser nietrasto de ella y ella abuelastra de él, la criatura sería una hija incestuosa.

Tanta insistencia en dos errores que no se pueden demostrar, como la autenticidad de las «Memorias parisinas» y la insistencia en la hija incestuosa de Carlos V no tienen más que un nombre, que no es precisamente el que vulgarmente se le aplica, sino el de soberbio algo inexplicable en un historiador.



INSTITUTO SALAZAR Y CAJAL

VICENTE DE CADENAS Y VICENT

EL CONCILIO DE TRENTO  
EN LA  
ÉPOCA DEL EMPERADOR CARLOS V



MADRID  
El Financiero  
1970